

Apreciaciones sobre los márgenes de la historia urbana

Juan Luis Piñón

A diferencia de algunas manifestaciones de la ciencia histórica cuyo objeto no ofrece duda alguna, la historia urbana, como historia específica que entiende de la ciudad y de los procesos urbanos, suele presentarse como un reducto temático en el que de una u otra forma participa la ciudad no como objeto diferenciado, sino como soporte o vehículo de otras historias cuyos objetivos identificamos con la demografía, la economía, la sociología, etc. Con ello no pretendemos acotar contenidos, ni métodos, ni tan siquiera esbozar una aproximación a la historia urbana, sino el reconocimiento de un *orden discursivo* amplio y preciso a la vez, suficiente para despejar las dudas sobre la ciudad como ente específico, o sobre la *entidad* de lo urbano, o sobre las demás circunstancias que influyen en la conformación de la ciudad y en sus procesos constructivos.

De hecho, la creciente preocupación sobre el contenido de la historia urbana que directa o indirectamente manifiestan muchos estudiosos de la ciudad pone de relieve que estamos ante un tema complejo y difuso sobre el que hay que volver una y otra vez, y que sus resultados dependen de la capacidad explicativa de las en la medida que guían la investigación histórica, y del rigor con el que se escrutan las fuentes, en la medida que constituyen su soporte. De ahí la importancia tanto del juego de relaciones que

se establece entre fuentes y objetivos, dado el potencial disuasorio de las fuentes y el persuasivo de los objetos, como de los procesos de elaboración y ajuste previo que los documentos deben sufrir para convertirse en fuentes y del ajuste de las ideas para perfilar objetivos.

El siglo XIX nos puede servir de ejemplo para desarrollar algunos de los puntos de partida esbozados, ya que está lo suficientemente próximo para disponer de una base documental amplia, y su historia es lo bastante compleja para permitirnos discurrir en los términos avanzados. La dificultad estriba no tanto en la comprensión de sus problemas, cuanto en los obstáculos para la delineación de un discurso coherente y específico que nos ayude a comprender los avatares de la ciudad.

Si aceptamos que la historia «no depara laboratorios para la verificación experimental, sino que proporciona la evidencia de causas necesarias pero nunca suficientes»¹, la remisión a una lógica distinta a la de cualquier ciencia experimental será inevitable. No es lo mismo experimentar la ley de la gravitación universal mediante instrumentos mecánicos que constatar un proceso de crecimiento urbano atendiendo a la evolución de una calle. ¿Quiere ello decir que no hay una lógica histórica que nos proporcione certezas sobre las características comunes de las *calles* del siglo XIX? En absoluto. Tanto a través de una ordenación tipológica como desde los procesos productivos, las calles del siglo XIX se especifican de acuerdo con una serie de variables que no sólo nos permiten hablar de ciertos tipos de calles, sino que son capaces de desvelar las particularidades y diferencias entre ellas. La existencia de un modelo de referencia, aunque su genealogía se difumine en el tiempo² y se asuma social-

¹ THOMPSON, E. P., *Miseria de la teoría*, Barcelona, 1981, p. 66.

² La sistematización de la calle a lo largo de la historia que nos ofrece VIDLER nos descubre no sólo la complejidad que encierra como elemento autónomo constitutivo de la ciudad, sino también el intrincado sistema de relaciones que la articulan con ideas de ciudad, unas veces como sustancia y otras como accidente. La calle como escenario desfila a lo largo de la historia hasta alcanzar todo su significado en el siglo XIX; un significado mucho más locuaz y expresivo que en los siglos anteriores; punto de encuentro de una realidad rica y compleja en el que la diversidad sólo se percibe desde la perspectiva que ofrece la unidad de lo múltiple. VIOLIER,

mente por la clase dominante, fuerza social o cualquier otro con-
tubernio político, no es suficiente para explicar los pormenores ni
de los parámetros formales de la calle, ni de sus procesos cons-
tructivos, ni del resultado final. No tanto por las diferentes formas
de aplicación del modelo de referencia, cuanto por el particular
modo de insertarse en una idea más amplia de ciudad, correlato
sintético de cualquier expresión urbanística de la realidad social,
política y económica. Dicho de otro modo, la calle es lo que es,
no tanto en relación a un modelo abstracto de referencia, más o
menos universal, perfilado en otros contextos, cuanto a la forma
de inserirse en un *plan*, no menos abstracto, en el que se funden
los problemas particulares con los generales, los formales con los
funcionales y los políticos con los económicos. Ahora bien, sería
equivoco deducir de lo anterior que la calle ha perdido su autonomía
en cuanto ciudad. Al contrario, la calle tiene una existencia inde-
pendiente y puede ser analizada desde la historia; sin embargo,
su conocimiento no se agota en sí mismo, sino en el proceso de
contextualización en el que concurren otros parámetros de análisis
que tienen que ver con la historia de las ideas, lo que nos remite
a uno de los problemas centrales de la historia urbana: la historicidad
del instrumental teórico que usa la historia para hacer inteligibles
los procesos urbanos.

En efecto, desde nuestra perspectiva es impensable profundizar
en cualquier idea de ciudad al margen de las ideas que han conducido
su crecimiento, es decir, sin una idea precisa del *plano regulador*;
en la medida en que en el plano se dan cita las leyes reguladoras
del proceso urbano y se encargan de garantizar la distribución homo-
génea de las rentas del suelo e inmobiliarias. Pero, del mismo modo,
sería un error de bulto partir de una idea de plano abstracta, al
margen de las relaciones jurídico-económicas que rigen la sociedad
o de las convenciones sociales en las que descansan. El estudio
de la ciudad decimonónica exige la elaboración de una idea de

Anthony, «Los escenarios de la calle; transformaciones del ideal y de la realidad»,
en ANDERSON, S. (ed.), *Calles. Problemas de estructura y diseño*, Barcelona, 1981,
pp. 37 Yss.

plano lo suficientemente elástica y ajustada a la realidad para aceptar distintos tipos de ciudad y permitir la interpretación de realidades urbanas tan dispares como la reforma parisina de Haussmann y los proyectos de ensanche de corte cerdiano.

En ambos casos el punto de partida es prácticamente el mismo: la reforma, en un caso, y el crecimiento y reforma, en el otro. El *plano* constituye el *lugar* común en el que se resuelve el conflicto público-privado. La *expectativa -de beneficio-* se convierte en argumento principal del desarrollo urbano. El trazado y las ordenanzas constituyen los instrumentos principales de proyecto, Las expropiaciones, el instrumento de liberación del suelo. Y el higienismo, con toda su carga ideológica, el correlato desencadenante de gran parte de las prácticas urbanísticas.

Ahora bien, el hecho de que estos se inscriban en lógicas disciplinares específicas no excluye su potencial explicativo histórico-urbano cuando se articulan en torno a la ciudad. Aun cuando ese potencial presione en más de una ocasión en sentido contrario, como se evidencia, por ejemplo, en la evolución del aparato legislativo que permitió la reforma haussmanniana.

Francia, tras la revolución de 1789, como consecuencia del cambio de las relaciones de propiedad materializado en la transferencia de los bienes nacionales a la burguesía, tuvo que desarrollar con prontitud una actividad legisladora importante, ya que la desamortizadora se manifestó a todas luces insuficiente para valorar al menos aquellos bienes susceptibles de transformar la ciudad. Así, en 1807 se regulará la propiedad en los siguientes términos: «Todo el suelo que no se necesite para las obras públicas deberá revertir al antiguo propietario. Pero en compensación se podrá gravar por las mejoras que han inducido las mismas.» Legislación que se profundizará en 1841, hasta desembocar en 1850 en la promulgación de la famosísima Ley Melun sobre viviendas insalubres. En 1852, a través del Decreto-ley de 26 de marzo, se extenderá la legislación anterior a todas las calles de París.

Ante este *crescendo* legislativo nadie entregado al rigor jurídico estará en condiciones de dudar de la perfección técnica del cuerpo legal que posibilitó la transformación parisina. Sin embargo, la rea-

lidad nos mostró una serie de hechos que desdican y enturbian el proceso, tal como sucedió en Inglaterra³ y en otros países en las mismas fechas. Ya que, si bien la legislación sentó las bases para una transformación urbana en un sentido, la transformación que en realidad se produjo fue otra muy distinta, fruto del uso parcial y arbitrario de dicha legislación, de la manipulación política -con fines especulativos- de una burguesía ávida de rentas y beneficios. Algo se estaba moviendo, aunque no se supiera bien qué. No se puede hablar de una teoría urbanística, aunque sí de una confluencia imprecisa y fragmentaria de otras muchas amparadas en un positivismo de nuevo cuño.

La correlación entre los problemas de higiene y salubridad y la Ley de viviendas insalubres sólo muestra un aspecto de la realidad, porque si bien con dicha Ley se posibilitaba la intervención en barrios deteriorados, los hechos nos muestran que no se intervino en los barrios más menesterosos, sino en los más proclives a la producción de rentas del suelo, a través de un proceso complejo influido, sin duda, por otras variables relevantes, relativas al alojamiento, a la movilidad, a la descentralización, etc.

Ahora bien, tras la fragilidad de las relaciones anteriores se esconde la que fundamentó el urbanismo decimonónico: la relación público-privado. Por que -bajo una aparente simplicidad- esconde un universo complejo, planteado en términos de contradicción, influido por la economía y resuelto en la política, síntesis de un pensamiento que se pretende ecuaníme cuando, en realidad, a lo que aspira es a la legitimación del nuevo orden industrial.

³ Es interesante contrastar la legislación francesa con esa «larga lista de leyes dictada a favor de las clases dominantes», denunciada por Herbert SPENCER, a la vista de una legislación interesada sobre la construcción. Una legislación que, sin atender a la realidad social que se ocultaba tras los empobrecidos barrios londinenses, trató de corregir sus vicios, lo que repercutió en el proceso de renovación de la ciudad, moviendo a los constructores a edificar en los mejores distritos y en aquellos barrios en los que las condiciones de salubridad no reclamaban urgentes cambios. Situación a la que se llegaba tras la contracción de la demanda de viviendas humildes y la consiguiente ruina de las casas de los pobres. SPENCER, Herbert, *El individuo contra el Estado*, Barcelona, 1984, pp. 70-78.

Sin embargo, la óptica desde la que observar los hechos históricos puede variar, y de hecho varía, sin por ello traicionar el núcleo del debate. En efecto, aunque sea una perogrullada, como dice Dorothy Thompson ⁴, «afirmar que la mayor parte de la investigación sobre el pasado que llevan a cabo los historiadores se alimenta de sus preocupaciones contemporáneas», es importante tenerlo presente para precisar los esquemas interpretativos encargados de orientar las reflexiones sobre el pasado. El tiempo y la misma historia influyen no sólo en la selección de los temas, sino también en los enfoques que los desarrollan ⁵. Aunque algunos temas como la relación público-privado sean inexcusables en cualquier contexto analítico que trate del XIX, el acento puesto en cada extremo de la ecuación está influido por el momento en el que se escribe. Así, Samoná proyecta la relación público-privada en una sociedad dual y contradictoria, articulada en torno a un Estado que aspiraba a ideales de igualdad social, política y económica (cimentado sobre la garantía del derecho de libertad y la soberanía popular), y a un pensamiento que (configurando una libertad abstracta, sin vínculos) negaba al Estado toda injerencia en la actividad y en los intereses de los ciudadanos. Un pensamiento que, exaltando el culto a la personalidad, reforzaba aquel liberalismo económico al que se deben las grandes diferencias de clase ⁶.

⁴ THOMPSON, D., «Los idearios ocultos del siglo XIX», en «A propósito del fin de la historia», *Debats*, Valencia, 1994, p. 85.

⁵ De hecho, como se encargó de señalar Galvano della VOLPE, las categorías de conocimiento, incluso las más abstractas, son «el producto de relaciones históricas y poseen su plena validez sólo en relación con éstas y en el ámbito de éstas». La estructura de la contemporaneidad histórica está constituida por los criterios-modelos, en cuanto son abstracciones o conceptos genéricos históricos no repetibles. DELLA VOLPE, G., *Clave de la dialéctica histórica*, Buenos Aires, 1965, pp. 17-24.

⁶ Es decir, una sociedad dual, inscrita en el nuevo equilibrio Estado-ciudad, sustentada por una burguesía liberal, autosuficiente e individualista, reticente a cualquier iniciativa pública, con la única meta de conciliar la especulación inmobiliaria con la imagen que tenía de sí misma (tratando de compatibilizar la uniformidad tipológica con el máximo beneficio), y por una masa popular, precaria, indigente, condenada a sobrevivir en el caos edificatorio y escondiendo tras las

Annie Riou ⁷, sin embargo, unos años más tarde, en su estudio sobre la producción inmobiliaria a finales del siglo XIX, la entiende referida a unas coordenadas más precisas, en las que los propietarios del suelo y el capital inmobiliario tendrán que compartir la escena con un capital industrial incipiente y un poder del Estado dispuesto a resolver la contradicción anterior a favor de este último. Marco interpretativo cuyas ramificaciones se extienden al estudio de la naturaleza de las rentas del suelo, al papel disolvente de la propiedad del suelo en las relaciones de producción precapitalistas, etc. Roncayolo ⁸, por su lado, desde la óptica de los tiempos presentes, prefiere moverse por el terreno más aséptico de la industrialización y desvelar los pormenores de la relación público-privado en fenómenos tales como el enfrentamiento de Haussmann con ciertas manifestaciones del liberalismo económico como consecuencia de la industrialización parisina ⁹ - con toda la serie de implicaciones relativas a las infraestructuras trata de una contradicción genérica que da cabida no sólo a los fenómenos de la especulación, de la propiedad privada, de la producción del espacio, etc., sino también a la cadena de relaciones

fachadas el estado de miseria más absoluta. SAMONÁ, G., *L'Urbanistica e l'avvenire della città negli Stati Europei*, Roma-Bari, 1975 (primera edición, 1959), pp. 21-22.

⁷ RIOU, A., *Propriété foncière e processus d'urbanisation, I-Deux quartiers parisiens à la «Belle Epoque»*, París, 1973.

⁸ RONCAYOLO M., «L'esperienza e il modello», en *La città e le sue storie* (a cura di C. Olmo e Bernard Lepetit), Turín, 1995, pp. 62 Y ss.

⁹ Planteado en estos términos cabría pensar que el «maleficio» debió turbar la paz de HAUSSMANN para rechazar frontalmente la industrialización de París, pero la historia nos muestra que las razones fueron varias y obvias, que se inscribía en la esfera de lo político y que en ningún momento existió voluntad alguna de poner trabas al liberalismo económico. Había dos posturas encontradas: la defendida por quienes pensaban que el desarrollo industrial era el único medio capaz de asegurar el orden urbano y la expresada por quienes pensaban todo lo contrario, que era necesario «limitar» la industria y «transformar» la ciudad si se querían evitar los males engendrados por la concentración obrera. Napoleón III, por su lado, ante las expectativas de penetración de la industria en la ciudad aprovechando los ferrocarriles del oeste parisino, escribió a Rouher que «era necesario impedirlo sin dilación». HAUSSMANN simplemente asumió una decisión tomada al más alto nivel. Sobre las razones a favor y en contra de la industrialización parisina en tiempos de HAUSSMANN se puede consultar GAILLARD, leanne, *París, la ville, 1852-1870*, París, 1977, pp. 50 y ss.

que tienen que ver con la propiedad del suelo, la propiedad inmobiliaria, la regulación urbanística, parcelación, financiero, etc.

Ahora bien, sería vano pretender deducir de lo anterior historias contradictorias o paralelas de una misma realidad. El conocimiento histórico evoluciona y lo hace en una dirección —en este caso, la de descubrir la particular forma que tiene la ciudad de asumir los términos de la contradicción inicial— El abandono o sustitución de antiguos esquemas y de los lenguajes y conceptos que los acompañaban no invalida los resultados obtenidos. Su valoración dependerá, en cualquier caso, de la presión ejercida por la historia en la que se inscribe la investigación, del nivel de desarrollo y coherencia de los propios esquemas analíticos de referencia, de la profusión y calidad de las fuentes, del rigor en la aplicación del modelo, entre otras cosas, sin olvidar que en algunas ocasiones las divergencias suelen ser más aparentes que reales ¹⁰.

Por todo ello, la lógica encargada de mostrarnos la ciudad tal cual es, o ha sido, tiene que interiorizar el movimiento y la contradicción. Los hechos deben interrogarse en su curso histórico para poderse hablar de «lógica histórica» como «método lógico» —de investigación—, lo que pasa por el establecimiento de correspondencias metodológicas entre los objetos contextualizados y la investigación en cuanto tal. Ya que el proceso de demostración consiste en un diálogo entre concepto y dato empírico, un diálogo conducido por hipótesis sucesivas, por un lado, e investigación empírica, por el otro ¹¹, limpieza que lleva a cabo el investigador cuando acude

¹⁰ Al respecto es interesante constatar cómo el mismo autor hace unos años, desde otra tesitura histórica, situaba el despegue del ciclo haussmanniano en la confluencia de un urbanismo autoritario y las nuevas *estructuras capitalistas*. De hecho, desde su colaboración en la *Histoire de la France urbaine* podemos comprobar que tanto los temas de reflexión como el *modelo* —aparato conceptual de análisis— y, en consecuencia, la *terminología* han sufrido leves que, si bien pueden parecer imperceptibles a primera vista, anuncian una nueva forma de deambular por la historia urbana. RONCAYOLO M., «La production de la ville», en Georges DUBY (ed.), *Histoire de la France urbaine. Laville de industriel*, París, 1983, t. 4.

¹¹ THOMPSON. E. P., *Miseria de...*, p. 67.

a los datos empíricos interrogándolos de modo lógico, *distinguiendo* lo genérico de la problemática presente, *eliminando* cualquier elemento cronológico precedente accidental para el presente, no esencial, y, en consecuencia, *eligiendo* los precedentes que son válidos como antecedentes lógicos y, por tanto, históricos del consecuente presente, y, por último, *asumiendo* que el conocimiento histórico no tiene nada de repetible pese a las permanencias que nos permiten hablar de criterios-modelos o tipos ¹² y en el que el precedente cronológico sólo puede ser antecedente causal cuando está limpio de irracionalidad.

Así, en este contexto, el enunciado de grandes leyes totalizadoras, como la ley del peso demográfico sobre la edificación enunciada por Chaunu ¹³, pierde relevancia al desnaturalizar el objeto y considerar los edificios y la población como dato empírico en bruto, como simple número, y no predicar de ellos más que su ser cuantificable. En este caso la ciencia «pura» se transmuta en ideología, la ciudad se pierde en las cifras, desaparece el sujeto y se sustancia una idea de ciudad tan irreal como arbitraria, descontextualizada y sin referentes culturales. Y lo que es peor, ese distanciamiento acríptico de la realidad le impide reconocer incluso las huellas más elementales del pasado.

Pero si entendemos la población no como un número, sino en su determinación social; si pensamos en una población migrante como resultado de un proceso de acumulación primitiva; si esa población pertenece al sector de la misma con el más bajo nivel de ingreso, etc., y si la ciudad receptora de esa población tiene unas capas sociales enriquecidas, capaces de formar una demanda efectiva de viviendas de unas determinadas características y en unas áreas urbanas determinadas..., ¿en qué queda la ley de Chaunu? Por el contrario, si no interrogamos a la población o lo hacemos a lo Chaunu, y la consideramos en los términos explicitados por la ley, ¿qué conocimiento hallaremos en ella? Hay que abrir los ojos. Hay que

¹² DELLA VOLPE, G., *Clave de la...*, pp. 20 Y ss.

¹³ BARDET, P.; CHAUNU, P.; DÉSSERT, G.; GOUHIEH, P., y HEVEUX, H., *Le bâtiment, enquête d'histoire économique 14e-18e siècles. Maisons rurales et urbaines dans la France traditionnelle*, París-La Haya, 1971, pp. 19 Y ss.

interrogarse sobre el carácter del mercado, sobre la presión ejercida por las rentas del suelo, sobre la división social del espacio, sobre la caracterización de la demanda, etc., si queremos interpretar correctamente la evolución de los alquileres y dar sentido a cualquier tipo de correlación positiva entre los precios y el aumento numérico de la población. Es más, ni aun diseccionando los barrios, e incluso las calles, el análisis numérico alcanzaría a mostrarnos, por ejemplo, la relación existente entre la renta inmobiliaria, su distribución en el edificio y la categoría del inquilino, como pudimos reconstruir hace unos años en el caso de Valencia. En la calle de las cocinas del Palau existía una casa que constaba de tres habitaciones. La primera habitación, la principal y mejor, tenía un alquiler de 40 libras, la segunda habitación bajaba a 34 y la tercera tan sólo alcanzaba las 28 libras. A su vez, la primera habitación, la más cara y mejor, estaba alquilada a un canónigo, la segunda a un presbítero, la peor a un sacristán ¹⁴.

Ahora bien, el problema de este tipo de ensayos no radica tanto en su proliferación, cuanto en la apuesta que subyace a su método, es decir, su limitación discursiva, en la renuncia a entender aspectos estrechamente ligados a la construcción de la ciudad. La historia cuantitativa, siguiendo sus propios postulados, llegará inconscientemente a negar la historia urbana ¹⁵ no sólo negando toda presencia a los hechos relevantes, aspectos consustanciales a la misma idea de ciudad, sino al aceptar su carácter subsidiario de la ciencia económica. Limitaciones asumidas desde un principio cuando el mismo Chaunu se refiere a la historia como ciencia *auxiliar*, consideración sobre la que vuelve Vilar ¹⁶, insistiendo en el carácter

¹⁴ PIÑÓN J. L., *Los orígenes de la Valencia moderna. Notas sobre la reedificación urbana de la primera mitad del siglo XIX*, Valencia, 1988, p. 28.

¹⁵ Si la historia en sentido presenta problemas de especificidad, cuando el objeto de estudio es la ciudad, al hacer abstracción del espacio, la historia cuantitativa de una civilización urbana, como dice Carlo OLMO, comporta el riesgo de entender lo urbano como un esquema formal de lo social, o, dicho de otro modo, de superponer un sistema de relaciones estadísticas a las normativas y topográficas... OLMO, Carlo, *La città industriale*, Turín, 1980, p. 68.

¹⁶ P. VILAR, atento a la difusión y presencia de la escuela cuantitativista de la historia y a los procesos de mixtificación que la acompañan, amparados en

fundamental de la ciencia histórica. No se debe confundir la técnica con el objeto o el establecimiento del hecho con la investigación del fenómeno. La historia, lejos de tratarse de una técnica de investigación, constituye un *método de pensamiento*.

Desde este planteamiento algunos problemas relativos a la historia urbana se ven de forma distinta. No cabe la menor duda que la ciudad tiene muchos elementos cuantificables, ¿quién lo duda? La ciudad consta, entre otras cosas, de calles, plazas y casas. Las calles son de distinta anchura y longitud. Las plazas tienen distinta superficie. Las casas tienen pisos, los pisos viviendas, las viviendas habitaciones, las habitaciones tienen ventanas y balcones. Todo se puede contar. Pero nadie pensará que conoce una ciudad aunque posea todas estas cifras. Porque la ciudad es durable y contradictoria a la vez; está sujeta a procesos complejos, a hechos excepcionales, a acontecimientos inesperados, a los vaivenes de la historia de la cultura, del arte, de la historia económica, demográfica, etc. Porque en la ciudad vive gente y ésta posee atributos. Las casas se construyen sobre parcelas que antes eran campos, campos que ha habido que parcelar, y para ello se ha tenido que redactar y aprobar un proyecto urbanístico, expropiar unos suelos, construir unas infraestructuras, dotar unos servicios, transmitir la propiedad, edificar casas ajustadas a calles, etc. Parece que estamos ante una historia interminable. Las calles son algo más que un espacio útil, como las casas algo más que superficies que se pueden medir y las gentes algo más que propietarios o inquilinos.

Dos ejemplos nos pueden ayudar a desvelar algunas de las incógnitas que se esconden tras lo que llamamos ciudad. Se trata de dos investigaciones urbanas de distinto signo, pero con un soporte «numenco» común. Por un lado, el trabajo de Adeline Daumard *Maisons de Paris es propriétaires parisiens au XIX siècle* 17. Y, por

un presunto cientifismo de las cifras, entabla un debate con I. MARCZEWSKI con el objeto de clarificar los límites de la Historia. VILAR, P., «Para una mejor comprensión entre economistas e historiadores. ¿"Historia cuantitativa" o "Econometría retrospectiva"?, en MARCZEWSKI, Ileana, y VILAR, P., *¿Qué es la historia cuantitativa?*, Buenos Aires, pp. 71 Yss.

17 DAUMARD, A., *Maisons de Paris et propriétaires parisiens au XIX siècle. 1809-1880*, París, 1965.

el otro, la investigación de Gabriel Désert, historiador adscrito en cierto modo al cuantitativismo, recogida en *Les bâtiments, enquête d'histoire écorwmique 14e-1ge sécZe*¹⁸.

Adeline Daumard nos da una lección de historia al armonizar en una misma investigación fuentes tan diversas como las utilizadas. Una lección de historia que trata de mostrar los entresijos que modelaron el París moderno. Una historia de las casas de París utilizando como telón de fondo el mercado inmobiliario y en la que desfilan calles, barrios, expropiaciones, plusvalías, movimientos de capital y beneficios, que mapifica y valora lo nuevo frente a lo viejo, la degradación y el lujo, las casas y los barrios, nuevos y viejos. Una historia que valora la evolución de la propiedad y de los propietarios, y que distingue los especuladores y los constructores, los adquirentes y los inquilinos. Pero el universo de Daumard no surge por generación espontánea; lo ha creado buceando en los registros, en los cuadernos de revisión catastral, en los archivos de la administración de finanzas, en el Plano de Verniquet, en el de Vasserot o en el Atlas de Jacobert, consultando series estadísticas, periódicos, etc., y elaborando la información para su contraste, haciéndoles decir lo que aisladamente no dicen.

Las parcelaciones, la anexión de *faubourgs*, los grandes trabajos de Haussmann, se dan cita en una investigación cuyo hilo conductor es el derecho de propiedad y la propiedad urbana. Daumard consigue trascender los mecanismos económicos y proyectarlos en una sociedad que, por la especificidad de los cambios acaecidos en Francia, ocupaban un lugar preferente entre los factores de transformación urbana. La política, a partir de un determinado momento, unía su destino al de la nueva clase burguesa. La ciudad se reconciliaba consigo misma; ya tenía un motivo para cambiar: los nuevos propietarios.

En el caso de Désert, aun moviéndose en la misma órbita, la ciudad se desvanece tras los análisis. A Désert, las casas le interesan tan sólo en cuanto son producto de una actividad económica¹⁹: la

¹⁸ BARDET, J. P., *Les bâtiments, enquête...*

¹⁹ Es interesante notar cómo Gabriel DÉSSERT es consciente de las limitaciones del cuantitativismo y escribe: «Sin ignorar el interés que tiene una historia cuantitativa, no hemos querido limitarnos al lenguaje de los números y, en la medida de lo posible, hemos introducido elementos cualitativos que aportan nueva luz

construcción. El objeto de la investigación no es la ciudad, sino la organización del trabajo y de la industria de la construcción. Las casas constituyen meros indicadores económicos. Son el medio del que se vale el historiador-cuantitativo-- para el establecimiento de series de alcance nacional. Las fuentes, en este caso, se interrogan desde la distancia del objeto: la fiscalidad será la fuente al valorar la construcción en función de la superficie y el volumen construido, y la calidad de la edificación a través del número de ventanas, ante la inexistencia de otros parámetros equivalentes. La evolución se analiza a partir del análisis de los materiales de cubierta o a través de la altura de los edificios.

Ahora bien, sin menoscabo del interés y calidad de ambos trabajos, observamos que carecen de esa visión globalizadora a la que nos referimos al principio; la misma que debe orientar los estudios sobre la ciudad y que contempla la ciudad y los fenómenos urbanos no como producto de un proceso exógeno, paralelo en el mejor de los casos, en el que todo se decide al margen de la ciudad, sino como sujeto activo que se identifica y confunde con los procesos constructivos, evoluciona en sintonía con las relaciones de propiedad, determina las rentas del suelo, etc. Una ciudad sintética, atenta a los cruces de las ideas con la realidad, armada ideológicamente desde su trazado y construida con el concurso de todos.

El interrogatorio de los datos en los casos analizados se plantea no tanto desde el origen -causa- y evolución de la transformación urbana, cuanto de la particularidad de la fuente. El objeto de Daumard son las casas y los propietarios de París, pero parece por el tratamiento de la información que París -como ciudad- no está presente. Sin embargo, Daumard es consciente de la necesidad de introducir el análisis tipológico de la edificación para tomar perspectiva, e incorpora al final de su libro los planos de las manzanas representativas de las calles que analiza desde el punto de vista de la evolución de las rentas, aunque no llega -a- estudiar las calles a nivel agregado-- a profundizar, por ejemplo, en el sistema de

allí donde la estadística sólo permite entrever.» DÉSSERT, E., «Aperçus sur l'industrie française du bâtiment au XIX siècle», en BARDET, J. P. (ed.), *Le bâtiments, enquête...* p.35.

relaciones: tipo edificatorio, calle y precio de los inmuebles. El París a que se refiere Daumard está influido por circunstancias políticas y socioeconómicas excepcionales; pero ni su trazado ni sus parcelaciones parecen protagonizar nada. La relación entre edificación y suelo no llega a producirse; parece como si Halbwachs lo hubiese explicado todo. La evolución de los alquileres es un móvil que puede desencadenar o acelerar un proceso de transformación urbana; pero ello no es suficiente, por eso conviene, una vez detectado el fenómeno, seguirlo e inscribirlo en un contexto adecuado, amplio y omnicompreensivo, en el que esos datos se puedan convertir en hechos históricos.

Ahora bien, de todo cuanto acabamos de exponer no debemos deducir la defensa de una historia urbana cerrada en sí misma, dispuesta a dejar en sus márgenes a todo aquello que no se someta a la férrea disciplina de lo urbano. Al contrario, pensamos que el valor del reconocimiento de cualquier especificidad histórica, urbana, rural, política o de cualquier otro tipo radica, paradójicamente, en la diversidad de su contenido, en la imprecisión de sus límites, en todo aquello que aconseja una continuada reformulación del conocimiento. La ciudad como objeto de conocimiento histórico posee unas características que la aíslan y distinguen de otros objetos, aunque compartan las mismas fuentes y discurran por los mismos lugares. Su complejidad exige, en última instancia, un gran esfuerzo metodológico antes de su individualización como objeto de estudio. Es por ello por lo que intentamos abrir vías de acuerdo entre todos aquellos que, aun aceptando que la historia de la ciudad no coincide con la historia de la urbanística ²¹, creemos, no obstante, en su complementaridad.

²⁰ HALBWACHS, M., *Les expropriations et le prix des terrains à Paris (1860-1900)*, París, 1909.

²¹ Aunque los planes y proyectos -objeto de la historia urbanística- ejerzan sobre la estructura urbana y el territorio -objeto de la historia de la ciudad- una influencia relativa, como señala Lando BORTOLOTTI, ambos constituyen el soporte de una misma historia. En cualquier caso, cabría pensar en la historia urbana como la historia de los desfases, de las modificaciones, de las transgresiones y de la convergencia de las ideas. BORTOLOTTI, L., *Storia, città e territorio*, Milán, 1980, pp. 15 y ss.